

CAÑ.—Bien.

(Mutis.)

ROS.—(Cuando Cañaverál se aleja, coge a Enrique del brazo y lo trae para que salga.)—
¡Salta la muralla por abajo, por la fuente...!

ENR.—Bueno...

Angélica ha vuelto en sí, mirando en derredor, sin darse cuenta; los ve, comprende, y da un grito, cayendo de nuevo desmayada. Enrique y Rosario quedan inmóviles un momento y aterrados.)

ROS.—Mañana, a las nueve en la estación.

ENR.—¡A las nueve!

Enrique huye. Rosario queda inmóvil, mirando fijamente a Angélica.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

CAÑAVERÁL, paseándose nervioso. JUANA, inmóvil.

JUANA.—¿Pero la señora no viene...?

CAÑ.—Por lo visto.

JUANA.—¿Le guardamos almuerzo?

CAÑ.—No.

JUANA.—¿Almorzó fuera?

CAÑ.—Eso es. Fuera.

JUANA.—¿Entonces servimos para los señoritos?

CAÑ.—No.

JUANA.—Son las tres...

CAÑ.—Las tres; bueno. ¿Por qué no han de ser las tres?

JUANA.—¿Esperamos algo más?

CAÑ.—No. Coman ustedes; coman, coman...

JUANA.—Bueno...

(Mutis, después de entrar las hermanas.)

ESCENA II

CAÑAVERAL, VIUDA y HERMANA

HER.—Muy buenas, señor Cañaverál.

CAÑ.—Muy buenas tardes, señoras.

HER.—Nos asustó usted con su tarjeta...

VIUDA.—¿Ocurre algo?

CAÑ.—Ocurre. De Rosario...

VIUDA.—¿Qué?—(Después de leer la carta que le entrega Cañaverál.)—¡Jesús! ¡Mira, mira!

HER.—(Después de leer.)—¡Jesús! ¡Jesús!

VIUDA.—¡Qué vergüenza!

HER.—¡Qué escándalo!

VIUDA.—¿Le dió usted la noticia a Raimundo?

CAÑ.—No, señora. En la carta me lo ruegan; pero yo he considerado indispensable hablarlo previamente con ustedes y con el doctor.

VIUDA.—El doctor sobraba. Cuantos menos, mejor.

CAÑ.—Como al fin han de saber todos que se marchó, abandonando su casa...

VIUDA.—No, señor, no. Es menester que no lo sepa nadie. Hay que tapar esto.

HER.—¡Taparlo! ¡Taparlo!

VIUDA.—Buscaremos un pretexto para la ausencia, ¡pero, por Dios, que no venga el escándalo sobre nosotros!

CAÑ.—Lo buscaremos. Es más prudente, sí.

VIUDA.—¿A qué hora salió Rosario?

CAÑ.—Marchó a eso de las ocho y media. Y la carta me la entregaron a las once, cuando vine.

VIUDA.—¿Y cómo es que Raimundo no lo sabe ya?

CAÑ.—No tiene por qué sospechar aún. La salida de la mañana se justifica muy fácilmente, y luego don Raimundo se fué temprano con otros amigos al banquete que celebran todos los años en Pasajes.

HER.—Nos lo dijo ayer.

VIUDA.—Ya lo recuerdo.

ESCENA III

DICHOS: DOCTOR

DOC.—¿Quién se muere?

CAÑ.—Nadie.

DOC.—¿Entonces para qué tantas prisas?

CAÑ.—Lea.

DOC.—(Pausadamente, dobla y mete la carta en el sobre.)—Bien.

VIUDA.—Es una vergüenza para nosotros.

DOC.—Para ustedes no tanto.

VIUDA.—Somos primas hermanas tuyas. Sobre nosotras recaerá el baldón a la familia, y Raimundo debió pensarlo un poco antes de traer a una mujer cualquiera a la casa.

DOC.—Esas cosas no hay manera de pensarlas antes; y en cuanto a la preocupación por el disgusto que ustedes puedan tener, lo creo algo secundario en estos momentos. No se imaginan ustedes que Raimundo se ha pasado los quince años de su matrimonio diciéndome todas las noches: «¡Dios mío, que mi mujer no me engañe para no mortificar algún día con el escándalo a mis primas hermanas!»

VIUDA.—Como usted lo dice, no. Pero si no hemos de vivir aislados, todos tenemos que pensar en todos... y ahora nosotras pensamos también en Raimundo y en Angélica para mitigarles un poco las consecuencias de esta desdicha.

CAN.—Es muy noble el parecer y el propósito de estas señoras.

HER.—Nuestro deber.

VIUDA.—Nada más que nuestro deber.

CAN.—Por de pronto acudamos a lo más urgente, a la forma en que se dará la noticia. ¿Qué procedimiento consideran ustedes menos doloroso? ¿Enseñarle la carta?

VIUDA.—Me parece muy brusco. ¿Verdad?

HER.—Muy brusco.

CAN.—¿Escribirle nosotros... y firmarlo todos?

DOC.—¿Una certificación? No, no.

VIUDA.—Tampoco. Hay que hablárselo.

CAN.—A mí me confiaron la enojosa misión, pero la declino si alguien más autorizado, el doctor, por ejemplo...

DOC.—Yo no. ¿No se va a dar un disgustazo? Pues la familia, la familia. Para eso están en el mundo los parientes.

VIUDA.—Y para no rehuir una mortificación cuando es para la salud espiritual o corporal.

DOC.—¿Entonces usted se encarga?

VIUDA.—Yo, sí, señor.

CAN.—Procure bien el escoger las palabras más afectuosas.

HER.—Descuide usted. Mi hermana cumplirá delicadamente.

VIUDA.—Obligación tengo y costumbre también. ¿Tardará mucho Raimundo?

CAN.—Ya no.

VIUDA.—Pues aguardaremos.

CAÑ.—E inmediatamente que llegue...

VIUDA.—Inmediatamente, sí. Hasta para la resolución que adopte será oportuno el no dilatarlo.

DOC.—¡Cuánta rapidez!

VIUDA.—¿Se opondrá usted a que se lo comuniqué?

DOC.—No. Me opongo tan sólo a que se le diga inmediatamente.

VIUDA.—¿Creerá usted más piadoso el que viva en el engaño otras cuantas horas?

DOC.—Y si pudiera ser toda la vida, ¿no era mejor?

CAÑ.—Cierto que sí; pero en este caso hay la imposibilidad material de que lo ignore más tiempo.

VIUDA.—Y me sorprende algo, señor doctor, que teniendo a gala el mostrar su desdén por sentimientos muy respetables, quiera usted ahora defender unos minutos con razones de un exagerado sentimentalismo.

HER.—Así parecerá más caritativo que nosotras.

DOC.—No lo pretendo. Me pidieron opinión y digo únicamente que soy contrario a que se le dé el disgusto ahora.

VIUDA.—¿Más tarde?

DOC.—Eso es.

VIUDA.—A las cuatro, a las cinco...

DOC.—A las cinco, bien.

CAÑ.—¿Y qué ganamos con esas dos horas?

DOC.—¿Pregunta usted qué ganamos nosotros o qué gana Raimundo?

CAÑ.—Raimundo.

DOC.—Pues muchísimo. Yo puedo discutir si hay fibras para los sentimientos, para el amor, para la honradez... o no son más que excitaciones morbosas.

VIUDA.—Le ruego a usted que no siga por ese camino.

DOC.—Bien. Pero yo no puedo discutir que hay jugos gástricos y funciones digestivas... y que es temerario el perturbarlas.

CAÑ.—Ni nadie.

DOC.—Pues entonces ya estamos de acuerdo todos en la hora. Raimundo vuelve de un banquete; se habrá excedido un poco, y no debemos calcular que se le normalice la interesantísima función aludida hasta eso de las cinco...

VIUDA.—Justo, justo.

DOC.—Por eso propongo tal hora.

HER.—Aceptada.

CAÑ.—¡No faltaba más!

DOC.—Ya ven ustedes que para ese plazo de calma que le concedo no hay ninguna razón sensiblera.

CAÑ.—Al contrario, muy prosaica.

DOC.—La prosa del cuerpo también trabaja por la quietud del alma... y se puede muy bien, sin ser piadoso de real orden, tener un poco de piedad solamente por saber un poco de fisiología. Hasta luego, señores.

CAÑ.—Usted debe estar con nosotros.

DOC.—Hay tiempo para hacer visitas. Voy a curar más sanos y volveré a las cinco, a ver si tengo más enfermos. Hasta lue...

VIUDA.—Oiga, doctor. Si continúa usted portándose como bueno le voy a dar licencia, sin escrúpulo ninguno, para que diga esas botaratas que tanto le gustan.

DOC.—Perdón, señora. Son convicciones arraigadas.—(A Angélica, que entra.)—¿Completamente bien?

ESCENA IV

DICHOS: ANGÉLICA

ANG.—Del todo, sí.

DOC.—Convicciones arraigadísimas. Lo que no tiene existencia material, lo que no se puede palpar, tocar con las manos, para mí no existe.

ANG.—Toque a una estrella, doctor.

DOC.—¿Cómo?

ANG.—¿No puede?

DOC.—Claro que no.

ANG.—Luego no existe la estrella. A mí el argumento me convenció. Cuando tenga otro parecido no deje de venir pronto...

DOR.—Hablabamos de otro orden de cosas. De si el alma puede...

HER.—Va usted a echar a perder el buen concepto que le mereció a mi hermana.

VIUDA.—Déjalo.—(Sonriendo).—Diga, doctor. Le doy licencia...

DOC.—Vaya, vaya, buenas tardes...

VIUDA.—Doctor, doctor... dígalo sin rebozo.

DOC.—¿No se asustará usted...?

VIUDA.—No, señor.

DOC.—Pues entonces, resueltamente no lo digo. Las herejías se lanzan para asustar a las gentes, y no asustándose les quitan la única gracia que tienen. Y en este caso las herejías se quedan en vulgarísimas majaderías... ¡No me conviene el trato!

VIUDA.—Pues vaya con Dios.

DOC.—Adiós.

(Mutis).

ANG.—Nadie avisó, tías...

VIUDA.—Ahora íbamos a mandarte recado.—
(Llevándose a parte).—Oye, Angélica. ¿Tú sabes que la tía Rosario ha salido esta mañana? ¿Sabes que no ha vuelto? ¿Y sabes que tardará mucho en volver?

ANG.—(Súbitamente seria, contesta con inclinaciones de cabeza).—Si...

VIUDA.—El doctor ha mandado que vaya a un Sanatorio durante una larga temporada.

HER.—(Aparte a Cañaverál).—Es admirable para estas comisiones...

VIUDA.—Y para evitar la impresión de las despedidas hemos acordado que marchara sin que nadie lo supiera.

HER.—(Aparte a Cañaverál).—Se pinta sola...

CAÑ.—Lo sospechaba...

VIUDA.—¿Has comprendido, Angélica?

ANG.—Sí, tía...

VIUDA.—Mientras duren estas circunstancias, tú no puedes seguir en la casa, y aunque realmente no tenemos ningún parentesco, vendrás a la nuestra. De ningún modo vamos a tolerar que

te lleven recogida a cualquier sitio...—(Angélica se levanta súbitamente).—¿Comprendes lo que te quiero decir...?

ANG.—Sí, señora...

VIUDA.—Llámame como siempre.

ANG.—Sí, tía.

CAÑ.—(A hermana).—Qué hermosa acción...

VIUDA.—¿Quieres que aguardemos a Raimundo en el jardín?

ANG.—Donde ustedes manden.

VIUDA.—Y hablaremos. ¿Nos dispensa, Cañaverál?

CAÑ.—¡Señoras!...

(Mutis las tres).

ESCENA V

CAÑAVERAL, JUANA, con ROMUALDA

JUANA.—Ahí lo tienes. Aprovecha el momento que está solo.

ROM.—¿Se puede?..

CAÑ.—¿Qué quiere usted ahora?

ROM.—Decirle una palabra...

CAÑ.—Pues abrevie, que no estoy para chinchorrerías.

ROM.—No, señor. Como usted es tan amable siempre, venía a ver si le convengo...

CAÑ.—¡Ya se le dió a usted la recomendación para otra casa!...

ROM.—Pero no me acomodé...

CAÑ.—Lo siento.

JUANA.—Y como yo supe que ayer se le despidió a usted la cocinera, pues avisé de corrido a la Romualda...

CAÑ.—Si no fuese usted chismosa y se metiera usted la lengua en donde le quepa... mejor le iría.

JUANA.—(Aparte, a Romualda).—Llegamos en buen momento, mujer...

ROM.—Pero yo no puedo aguantar más.—(A Cañaveras).—Usted me conoce y sabe mi garantía de formal y de trabajadora...

CAÑ.—Ya lo sé.

ROM.—¿Y no le convengo?

CAÑ.—No...

ROM.—¿Por qué?...—(Subiendo el tono ya).—¿Por qué, hombre?

CAÑ.—Por nada... Yo quiero una mujer de más edad.

ROM.—¿De más edad que yo? ¡Mentira! Todos los viejos las quieren de menos.

CAÑ.—No discutamos vanamente. Por lo que sea, a mí no me conviene... y usted dispensará.

ROM.—Pero ¿por qué? ¿No me da una razón siquiera?

CAÑ.—Algunas tengo; pero estimo más prudente el callármelas.

ROM.—¿Y qué puede decir contra mí, ¡¡grandísimo embusteroll!...

CAÑ.—Haz el favor de marcharte...

ROM.—¡Ay, no! ¡Que ahora lo dice!

JUANA.—¡Eso es quitarle fama, y hace bien en no marchar sin que lo expliquen!

CAÑ.—Si es preciso, lo diré...

ROM.—Dígalo, dígalo; ¡a ver si reventamos todos de una vez!

CAÑ.—Es verdad que contra usted, Romualda, no hay ni la más leve queja; pero usted tiene un hermano...

JUANA.—Tiene varios.

CAÑ.—Uno, uno. Ramón.

ROM.—(Desconsolada).—¡Ay, Dios mío de mi vial!

CAÑ.—(Pausa).—No sigo, ¿verdad?...

ROM.—¿Y qué culpa tengo yo? ¿Es que se dijo algo de mí en la Audiencia?...

CAÑ.—Absolutamente nada.

ROM.—¿Y eso no pasó allá, en Cáceres? ¿Y yo no estaba aquí?

CAÑ.—Exacto.

ROM.—Y entonces, sino me enredaron en la causa los jueces... ¿por qué demonios me enredan ustedes en los castigos?...

CAÑ.—Yo no castigo... Pero reconozca usted que no es la mejor recomendación para admitir a una persona dentro de casa, el que sepamos que tiene un hermano en presidio por ladrón...

ROM.—¿Pero yo no soy honrada? ¿No soy decente...?

CAÑ.—¡Más bajo! No escandalice.

ROM.—¡Qué más bajo ni qué centellas, hombre! ¿Qué culpa tengo yo, hombre? ¿Y por qué no me toman a mí como yo soy, hombre?

JUANA.—¡Le sobra razón...!

CAÑ.—Le sobraré... pero que la admitan otros.

ROM.—¿Otros? ¡Y los otros dicen lo mismo! ¡Y así voy rodando de otros en otros! ¿Pero ustedes, los buenos, no ven que esto es hacer gente mala? ¿Si me niegan trabajo en todas partes, cómo quieren que viva, si no de mala y de ladrona y de Dios sabe qué?

CAÑ.—Es muy deplorable, sí... pero los demás también tenemos que guardarnos. Claro que con usted no hay temor de que ocurra nunca nada, pero si ocurriera, ¿no dirían todos con

muchísimo fundamento que había sido una imprevisión y una imprudencia...?

ROM.—¿Y voy a quedarme sin acomodo para toda la vida?

CAÑ.—Podrá usted colocarse en otra población, en donde no la conozcan...

ROM.—¿Pero no ha de ser mejor en donde me conozcan por honrada y por buena?

CAÑ.—Aquí habrá siempre el recelo...

ROM.—¿Recelo de qué, si yo no lo veo, ni lo hablo, ni lo trató...?

CAÑ.—No puede usted negar que es su hermano, y el bien o el mal de cada uno trae bien o mal para los próximos. Eso es evidente.

ROM.—Bueno, que sea de ese modo, pero entonces vamos adelante con el carro de esa idea. Yo tengo un hermano granuja, cierto, pero también tengo otros tres hermanos ¡tres! muy dignos y muy hombres de bien. ¿Se enteró usted...? ¡¡tres!!

CAÑ.—Sí.

ROM.—Pues ya estamos divinamente. Si uno me tira para abajo, tres han de tirarme para arriba y poder más.

CAÑ.—No. Ni tres ni tres mil borran el peligro del uno, del malo.

ROM.—¡Bueno! ¡Bueno! ¡¡Bueno!! Mi hermano un mal hombre... y yo que reviente o que arranque por la calle de en medio y sea también una mala mujer. ¿Y ustedes, don Cañaverál? ¿Buenos o malos? ¡¡Malos, centella, malos!! ¡Que si hubiera una miaja de justicia en este mundo, la mitad de la cadena amarraba al presidiario, sí, pero con la otra mitad habian de amarrar a los egoístas que dan dinero para que haya cárceles y no dan dinero para que haya casas y ropa y comida, que a ninguno le debía faltar!

CAÑ.—Calle, Romualda.

ROM.—No me da la gana. Y cada vez que dicen los periódicos que en la prisión hay tan buenas camas y proporcionan tan buenos alimentos, me dan unas tentaciones locas de robar, no para ser ladrona, no, sino para que me lleven a tan buen sitio como dicen que es la cárcel.

CAÑ.—¿Quieres marcharte?

ROM.—Y cuando vayamos todos a donde no hay más que un vez, ya veremos a quién castigan primero, si a tantos como pecan por hambre o a tantos como dejan que haya esas hambres por e mundo. Ya veremos, ya veremos...

JUANA.—(Llevándose la).—Ven conmigo, mu-
jer...

ROM.—Y si no lo vemos... ¡si no lo vemos, entonces no habrá duda de que estuvieron en lo firme los que levantan cárceles nada más.

CAÑ.—¡Vaya con Dios ya, Romualda!

ROM.—Bueno. Con Dios me voy. Quédese usted con el demonio, don Cañaverál.

JUANA.—Ven, ven.

(Mutis las dos).

ESCENA VI

DICHOS: RAIMUNDO

RAI.—Pasad, pasad. ¿Qué milagro tener el gusto de veros dos días seguidos? ¿Hay algún otro reloj que rifar?

VIUDA.—Algún otro pobre no faltaría...

RA.—Desgraciadamente. ¿Y Rosario?

ANG.—(Brincando a su encuentro.)—¿Qué tal ese banquete?

RAI.—Espléndido, pero fuerte. Todo de mariscos.

CAÑ.—¡¡Mariscos!! (Aparte a Hermana.)—¿No será todavía pronto a las cinco?

HER.—Quizás...

RAI.—Hubo un vinillo blanco, un Graves, que se dejaba ir solo... y claro, los brindis también

se fueron solos. Me parece que dijimos muchos disparates...

CAÑ.—Bien hecho.

VIUDA.—¿Ya no saldrás?

RAI.—No.

VIUDA.—Ha quedado el doctor en volver a las cinco... y nosotras también volveremos.

RAI.—(Algo extrañado)—¿Os vais y volvéis...?

VIUDA.—o nos vamos...

RAI.—Intentáis saquear a Rosario, ¿eh...? Cuando yo preguntaba por las rifitas no iba muy desencaminado.

VIUDA.—No...

RAI.—Os concedo diez minutos para e to a su bolsillo. En seguida venís o voy.

VIUDA.—Perfectamente.

(Mutis Viuda y Hermana.)

RAI.—¿Hubo correo?

CAÑ.—Periódicos solamente. ¿Los traigo?

RAI.—Tráigalos si quiere. O si no, deje, que voy yo a la casa.

CAÑ.—No, no...

(Mutis.)

ESCENA VII

ANGÉLICA y RAIMUNDO

ANG.—(Vuelve a brincar risueña, abrazándolo para detenerlo, y a medida que él habla, ella cae en su preocupación.)—¡Cuéntame algo, tío! ¿Quiénes asistieron a la comida?

RAI.—Los mismos de todos los años. Falta-ron dos camaradas: uno, por achaques, y otro, por una desgracia de familia. Veremos los que faltamos el año próximo... ¡Vamos para viejos, sobrinilla!... Pero hay que conformarse, que peor es no contarlo. Dicen que es peor... yo no lo sé de fijo. Bah, bah... no pensemos en lo irremedia-ble.

(Da media vuelta para mar-
char.)

ANG.—(Con angustia.)—¡¡Tío!! (Sonriendo forzadamente cuando él la mira.) Que... que... ¿por qué brindaste tú?

RAI.—Igual que todos porque nos volvamos a reunir con salud, o siquiera con pocas enfer-medades, y porque tengamos tranquilidad y paz dentro de nuestras casas, que es el ideal supre-